VITT. EMANUELE III

Digitized by Google

CHATELIN.

Google

Digitized by Google

BIBLIOTECA
S.A.R.
DUCHESSA HÉLÈNE D'AOSTA
CAPODIMONTE

F
XXXII
57

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Amor, respeto, y gratitud eternas

Fernan Caballero

LA CORRUPTORA

Y

LA BUENA MAESTRA,

Digitized by Google

Digitized by Google

551833

LA CORRUPTORA

Y

LA BUENA MAESTRA,

CUADRO DE COSTUMBRES

POR

FERNAN CABALLERO.

MADRID:
IMPRENTA DE TEJADO,
calle de Silva, 47 y 49.

1868.

Digitized by Google

Digitized by Google

AL EXCMO. SR. D. CÁNDIDO NOCEDAL.

SEÑOR Y AMIGO:

Cuando hace algun tiempo escribí el adjunto bosquejo, habia pensado ántes de darlo á la estampa haber hecho del bosquejo un cuadro con detalles más concluidos y con colores más vivos; pero en vista de que una reciente enfermedad me tiene por ahora con las fuerzas perdidas y el ánimo caido, mando á Vd. el bosquejo tal cual lo escribí, semejante á un capullo al que un norte frio y seco ha pasmado, sin dejarlo dilatarse y tomar colores. La idea en que se funda está demostrada; si esto basta, reciba Vd. este pobre y débil *siete-mesino* con esa indulgencia, hija de su amistad que tanto complace, favorece y honra á su agradecido amigo

Fernan Caballero.

Digitized by Google

LA CORRUPTORA

Y

LA BUENA MAESTRA,

CUADRO DE COSTUMBRES

POR

FERNAN CABALLERO.

PRIMERA PARTE.

Paróse ante la puerta de una casa principal, en una de las calles más céntricas de Madrid, uno de esos ligeros carruajes para uso de los jóvenes ricos y fastuosos, que bien ó mal guian sus propios dueños. Saltó al suelo el de este carruaje, entregando al lacayo las riendas del magnífico caballo extranjero que de él tiraba, y se dirigió á la casa.

Era un jóven alto, bien parecido, cuya elegancia en el traje no tenia más defecto que su misma exajeracion; la exajeracion en todas materias es el ímpetu que traspasa el blanco.

Digitized by Google

En el portal se encontró frente á frente con otro jóven que llegaba á pié á la misma casa. Su físico era agradable; grave y dulce la expresion de sus ojos negros, vestido bien, aunque con mucha más sencillez y modestia que el primero.

Apénas se vieron, cuando con una exclamacion de gozo cayeron en brazos uno de otro.

—¡Isidro! *provinciano* inamovible, ¿tú en la coronada villa? preguntó el del carruaje.

—¿Y tú, ingerto parisiense? ¿cómo tú por estos vulgares Madriles, privado de todos los encantos de las orillas del Sena? Verte por aquí me causa á mí igual extrañeza, contestó el interrogado.

—Hijo mio, repuso este, dicen los franceses, y mi padre y yo somos de la misma opinion, que los negocios ante todo, y á Madrid me trae uno muy atendible; me voy á casar.

—¿Y á esto llamas negocio? dijo su amigo.

—Y el más trascendental de la vida.

—No hay duda, repuso sonriendo su interlocutor; pero la calle no es el lugar

más á propósito para confidencias de esta clase, y en vista de que vivo en esta casa, sube á mi habitacion y hablaremos.

—¿Qué vives en esta casa? No sabia yo que hubiese en ella pupilería alguna, que si la hay, será desconocida y de poco fuste.

—Eso es cierto, por lo cual conviene á mi posicion, á mis aspiraciones y á mis gustos, cosas que, por suerte, están en mí completamente de acuerdo. Vive en el tercer piso una buena señora que por muchos años tuvo casa de huéspedes, y ya no la tiene. En aquella época hospedó á mi padre que pudo prestarle algunos ligeros servicios, y quedó con ella en tan buenas relaciones, que exige siempre que mi padre ó yo venimos á Madrid, que paremos en su casa, en la que nos asiste con esmero.

Así hablando habian llegado los dos jóvenes al tercer piso, y entrado en una habitacion que, sin participar del lujo moderno, estaba cómoda y aseadamente alhajada. Sentárose en un sofá de cogines forrados de damasco amarillo; pero ántes de seguir escuchando el diálogo que prosiguieron sentados en él, diremos en

breves palabras quiénes eran estos dos amigos.

Ambos habian nacido en Salamanca. Isidro era hijo de un profesor, hombre sabio y virtuoso, que dedicado á la enseñanza se esmeró siempre en cuidar de la de sus hijos.

Amaro, tal era el nombre del elegante, era hijo de un tendero bien acomodado, hombre emprendedor y de mucha suerte, que por una serie ascendente de ventajosas especulaciones habia llegado á la sazon á ser uno de los capitalistas surgidos en la palestra de la especulacion.

Isidro y Amaro habian concurrido á la misma escuela, y despues á los mismos cursos en la Universidad, los que sin concluir abandonó Amaro, para reunirse á su padre que se habia trasladado á Madrid, donde podia ensanchar su círculo de accion.

Isidro fué recibido abogado, y habia cinco años que ejercia su facultad con poco comun acierto, aplicacion y honradez, cuando habiendo llegado á ser ministro un amigo de su padre, ofreció á este un juzgado para su hijo, del que excelentes noticias tenia, con el fin de que ingresase

Digitized by Google

en la carrera de la magistratura. Isidro dejó su bufete á cargo de otro abogado que habia casado con una hermana suya, y vino á Madrid para activar el despacho del ofrecido nombramiento.

Isidro participó á su amigo esta última parte, que ignoraba, quejándose de que, tan pródigo en esperanzas, fuese este negocio tan nulo en resultados; puede, añadió, que cumplan lo prometido; pero estas dilaciones, á veces son más crueles que una negativa que impide nacer y crecer á las esperanzas, las que, si vivas nos sonrien y halagan, muertas son el tormento y desencanto de una vida que sin ellas habria sido buena y tranquila.

Cuando Isidro hubo concluido de hablar le dijo Amaro con tono amistoso, pero asaz fátuo:

—Deja á mi cuidado el pronto despacho de tu nombramiento; me encargo de obtenerlo.

—¿Pues qué, repuso Isidro, eres amigo del ministro de Gracia y Justicia?

—No; no le conozco, pero te harás cargo, que mi posicion me da influencia, así como se la da á mi padre.

Digitized by Google

—Mucho te agradeceré que en esta ocasion la emplees en mi favor, repuso Isidro. Mi cuñado ha caido enfermo, y mi padre me escribe que es precisa mi asistencia allá en estos momentos. Ademas, Amaro, yo tambien deseo casarme, lo que sólo pienso y puedo efectuar teniendo mi nombramiento.

—Mucho lo celebro, sobre todo si te trae ventajas: ¿y es de Salamanca la futura Jueza? ¿La conozco yo?

—No es de Salamanca, ni la conoces. Al llegar hace dos meses aquí, mi buena patrona Doña Pepita, no cesaba de hablarme con entusiastas elogios de una jóven que con su madre ciega vivia en la bohardilla. Esta pobre señora, hija de un coronel, al quedarse muy jóven huérfana, se casó con un oficial del regimiento, su pariente, que no tenia grado que diese opcion á su mujer á viudedad. Ascendió á comandante y murió en la gloriosa guerra de Africa, dejando á su mujer y á una hija sin recursos. La hija desde entónces se aplicó de tal suerte á la costura que ha mantenídose á sí y á su madre, pobre, pero decorosamente, no teniendo más ayu-

Digitized by Google

da sino la que le proporciona un tio pobre y avaro que sólo les paga el alquiler de su miserable morada. Al principio no paré mientes en cuanto me decia la buena doña Pepita, la que unas veces se enternecia refiriéndome los tiernos cuidados con que la huérfana rodeaba á su madre, otras, eran su juicio, su modestia y su laboriosidad el tema de sus celebraciones, y otras se indignaba contra la avaricia del tio, ó contra las exigencias impertinentes de la señorita rica, para la que trabajaba la huérfana, que la hacia desbaratar muchas veces las cosas, sólo por puro capricho, y esta caprichosa pollita, como Doña Pepita la denomina, que es hija del dueño de esta casa y vive en ella....

Al oir estas últimas palabras, Amaro soltó una carcajada diciendo:

Esta censurada pollita es la que va á ser mi mujer, y me parece que el amor que siente tu Doña Pepita por la costurerita, la lleva á ser demasiado severa, con la que, si paga bien, desea ser servida á su gusto,—pero observa, Isidro, una verdad patente, y es, que muy pocos hay entre los ricos que no sean compasivos y carita-

tivos con los pobres, pero entre los pobres, no hay uno sólo que deje de ser ingrato y hostil hácia los ricos.—Pero prosigue, pues nada me has dicho todavía de quién sea la que has elegido para unirte á ella.

—Mucho te he dicho, repuso Isidro, porque habiendo al fin conocido á Elena, que ese es el nombre de la hija del comandante muerto en Africa, y viendo cuán ciertos y fundados eran los elogios que de ella me habia hecho Doña Pepita, comprendí que la mujer que tales virtudes practicaba era destinada á hacer la felicidad de un hombre honrado, debiendo ser, la que tan buena hija era, buena mujer propia y buena madre de familia.

—¡Con una costurera! dijo con mal disimulado desden Amaro.

—La hija de un valiente tiene los timbres de su padre y Elena tiene ademas los suyos personales, que son la aguja y el dedal.

—¡Una mujer sin un cuarto! prosiguió Amaro.

—Los españoles rancios ó provincianos, no hemos hecho todavía del casamiento un *negocio*.—Elena tiene, quizas debido á

su misma triste situacion, los mismos gustos que yo, que amo la sencillez como hermana de la verdad y de la inocencia, y odio el lujo, que es el cinismo de la vanidad.

—Tu alma en tu palma, Isidro, dijo Amaro.—Tú siempre has sido un poco filósofo, y algo montado á la antigua, tomando las máximas morales á la letra como las leyes y aplicando la austeridad á todas cosas como la gramática al lenguaje. Hijo mio, no tienes actualidad, y esto es lo peor que te puede acontecer; á los pobres inamovibles séres como tú, los ridiculizó para siempre el gran Cervantes en su *Don Quijote.*

—Que tan justo fué, dijo Isidro, que si los ridiculizó hízolo sin despojarlos de su honradez, de su nobleza y caballerosidad. Pero dejemos esto, y dime á tu vez algo de la que has elegido por compañera.

—¡Oh! ¡Ya la verás! Es una hada, un ángel, una sílfide....

—No ponderes tanto, Amaro, dijo Isidro sonriendo, que dice De Maistre que la ponderacion es la mentira de las gentes honradas.

Digitized by Google

—¡Tate! exclamó Amaro, ¿tú lees á De Maistre? Mis amigos en Paris le llamaban el gran Preste del oscurantismo.

—Pues sus escritos forman una de las lecturas preferidas de mi padre.

—Por lo visto, pues, ¿eres neo-católico?

—Si leer este y otros autores cristianos con preferencia á Renan y á filósofos anti-cristianos coloca al que los lee en esta categoría, lo seré.

—¿Y te atreves? exclamó escandalizado Amaro.

Isidro le miró asombrado, y repuso:

—Dime, ¿tenemos acaso una inquisicion anti-cristiana?

Amaro contestó riendo: hablando francamente, creo que algo hay de eso. Pero, ¿á mí qué me importa ni lo que dice De Maistre ni lo que dice Renan?

Y así era, porque Amaro pertenecia á la gran falanje que ha creado el indiferentismo, ese indiferentismo que ahoga el sentir, el pensamiento y la reflexion, y sólo deja el cálculo, sin más incitativo que la vanidad, sin más anhelo que obtener los medios de satisfacerla, y sin más Dios que su cuerpo.

Digitized by Google

En este momento asomó á la puerta la cara vulgar, viva y benévola de Doña Pepita, que dijo:

—Vamos D. Isidrito, ¿no sube Vd.? Las vecinitas nos estarán echando de ménos y ya ~~Doña Suerna~~ ha subido. Don Tristan ..

Pero al notar que Isidro, contra su costumbre, no estaba sólo, añadió dirigiéndose á Amaro: Caballero, Vd. perdone, creí que no habia en el cuarto más que mi huésped.

Si es la hora en que tienes costumbre de visitar á tus vecinas, no te detengas, dijo Amaro á su amigo, haz más, dame el gusto de presentarme á esas señoras, que siendo tu mejor amigo tengo derecho y deseos de conocer.

Sí, sí, exclamó Doña Pepita, suba Vd. á conocer las palomas de mi palomar, que no dará Vd. por perdido el tiempo que eche, y la molestia que se tome en subir unos cuantos escalones.

Nada tuvo que objetar Isidro, y aunque contrariado por el temor de que en la situacion desgraciada y aislada en que se hallaban Elena y su madre, no les agradarian visitas, con poco contento suyo,

pero mucho de Doña Pepita, subieron los tres á la bohardilla.

Cerca de la ventana estaba sentada una jóven tan atareada en la costura que tenia entre las manos, que apénas fijó la atencion en el amigo que introducia Isidro. No era bella, pues una extremada delgadez y un color pálido y amarillento robaban toda frescura á sus facciones correctas, pero no finas; no obstante su aire triste y modesto prestaban á su persona un singular interes.

En el ángulo inmediato y apartada de la luz, estaba sentada una señora anciana de fino y noble continente, en cuyo abatido rostro se abrian unos grandes ojos pardos, pero sin vista, lo que la hacia semejante á la estátua de la resignacion. Esta señora, á un excelente carácter unia un entendimiento muy claro, y ese espíritu religioso verdadero que prescribe é infunde una completa conformidad en las desgracias, lo que impide que se agrie el ánimo, y asimismo el vivir rebelado contra su suerte, que es el modo de empeorarla. Hacia esto que esta señora nunca hablase de sí ni de sus quebrantos, lo que

Digitized by Google

naturalmente es enojoso para las personas que no se interesan en ellos.

Entre su madre y Elena estaba sentado el tio de esta y cuñado de aquella, que era un viejo flaco, mal vestido, hasta rayar en desaseo, de nariz acaballada, de ojos hundidos, tristes, é inquietos, de escasos y canosos cabellos, tan poco unidos entre sí como pobres en cotarro. Era este señor un ex-intendente militar, el que en sus tiempos habia formado parte de una expedicion enviada á América, en donde habia adquirido fama de poco buena cabeza ó cosa peor, en fin de haber hecho con los naipes y otros medios poco honrosos una buena fortuna. Pero á su regreso á España tuvo la desgracia de perderla por la quiebra de un banco de Norte-América en que habia depositado sus fondos.

Desde entónces este señor se habia convertido en el tipo de la miseria llorona, la que se ostentaba con motivo de este reves de una manera repugnante y ruin.

Doña Pepita sentó á Amaro junto á Doña Manuela, se puso á su lado, teniendo á su izquierda á Isidro, que cerraba el círculo, lo que le colocaba cerca de Elena.

Digitized by Google

Despues de los primeros cumplidos, dijo á media voz el ex-intendente á su sobrina:

—Deja la costura Elena, y ven á tomar parte en la conversacion como lo exige la política.

—Tio, me es imposible, contestó la pobre niña; tengo que concluir esta chaquetita de embutidos, alforzas y buches para Blanquita Aransegui, que la quiere para mañana, y que no gusta de que le falten aunque pida lo imposible.

—De manera, repuso con queda y azorada voz su tio, ¿que no me habrás puesto para mañana el cuello nuevo en la camisa vieja?

—No lo tema Vd., señor, contestó la jóven, velaré esta noche para que á Vd. no le falte su camisa.

Isidro, que habia oido este coloquio, fijó sobre las abatidas y fatigadas facciones de Elena una mirada llena de interes, de compasion y de cariño.

El intendente lo notó, y exclamó en tono compungido:

—Vea Vd., D. Isidro, á qué extremo me ha traido la desgracia: ¡si no fuese por la

Digitized by Google

laboriosidad de mi sobrina, no tendria mañana camisa que ponerme! porque ha de saber Vd., caballero, añadió, dirigiéndose á Amaro, que el fruto del trabajo de toda mi vida, que á mi regreso de América, puse en un Banco..... ¡Banco maldito! que no parecia sino aguardar el coger mi dinero para declararse en quiebra y dejarme por puertas. Pero á mi sobrina la remunero el trabajo que la pido, pagándola, á costa de mil sacrificios, la habitacion que ocupa, que yo desearia fuese un palacio. ¿No es verdad, Elenita?

Elena contestó sonrojándose. Vd. nos socorre, tio; pero no me remunera mi trabajo; si esto creyese, lo haria con ménos gusto del que tengo en hacerlo.

—Por *via* de los gatos, murmuró doña Pepita, ¡remunerar! ¡socorrer! ¡cuando sólo le paga el alquiler de este miserable chiribitil!

—¿Pero por qué, preguntó Amaro, no se lleva Vd. estas señoras á vivir consigo á su casa?

—¿Pues acaso tengo yo casa? ¡ni aun en casa de huéspedes vivo! exclamó en tono de lamento el intendente. Estoy reco-

gido en un mal entresuelillo. en un barrio pobre y sólo, con la viuda anciana de un sargento que nos asiste á un sobrino suyo sacerdote y á mí: y aunque pobremente lo paso bien por la economia y sosiego que logro, pues en las casas de huéspedes desuellan á uno.....

—¡Es lo que me queda que oir! exclamó indignada doña Pepita. ¡Desollar! perder una el capital que tiene que emplear en montar una decente casa de huéspedes, los que en ellas se creen todo permitido, y lícitas todas las exigencias, teniendo cada cual diferentes gustos, y si son extranjeros no digo nada!—Estos lo quieren todo guisado con manteca de Flandes, lo que no gusta á los de por acá, y ménos si son andaluces, que todo lo quieren guisado con aceite. En una ocasion tuve un huespedito frances; era pintor y se decia *artiste*, lo que en su tierra por lo visto quiere decir *guason*, porque así lo llamaba otro huésped andaluz. Este no se cansaba nunca de hacerme todos los dias la misma pregunta, que era si estaba en Madrid muy caro el aceite, pues para lechuza no tenia precio mi andaluz. Un dia en que

Digitized by Google

les puse una pescada cocida, recordando la peregrina pregunta de mi andaluz, al aliñarla la eché abundantemente aceite; aquel dia no se presentó este á la hora de comer, y serví al frances la pescada. De ahí á poco oí una voz lastimera que me llamaba; ¡madama Pipelet, madama Pipelet! que era como me nombraba, porque decia que á las Pepas así se les decia en su tierra. Acudo, y dejo á la consideracion de usted cómo me quedaria, y el asombro que se apoderó de mí cuando me encuentro el comedor á oscuras, con todas las puertas y ventanas cerradas como á media noche. Sobre la mesa estaba mi pescada, acostada en su plato como en un ataud, y todo al rededor de ella, en el aceite, ardiendo, cuantas mariposas habia hallado el dichoso niño en una cajita que yo guardaba en el cajon de la mesa.

Doña Pepita no pudo proseguir por atolondrarla las ruidosas carcajadas de Amaro y de Isidro, á las que se unieron la suave risa de Elena y aun la de su madre. En cuanto al ex-intendente, no se reia nunca.

—¿Ustedes le hallan á esto gracia? prosiguió Doña Pepita, pues yo, ni la hallé

entónces, ni la hallo ahora, maldita la gracia.

—Ni yo, añadió el ex-intendente: ¡qué dolor de aceite!

—Y añada Vd. ¡qué dolor de pescada! porque las mariposas la sollamaron y pusieron tan negra como si hubiese salido del mar Negro, de manera que sólo los gatos la pudieron comer; estas son las ganancias que dejan las casas de huéspedes, señor mio.

—Pues Vd. no se puede quejar, amiga; usted que habiendo hecho su agosto, se ha retirado á vivir de sus rentas como una propietaria.

—Gracias á que heredé de un tio alguna cosilla, repuso Doña Pepita.

—¡Quien hizo un viaje á China fuí yo, prosiguió en tono lloron el ex-intendente, con poner mi dinerillo en el Banco que quebró!

—¡Déjenos Vd. ya de su banco! se apresuro á decir Doña Pepita, que en tomando usted el tema del banco, es preciso sentarse en el de la paciencia los oyentes.

—¡No, que Vd. con las cuitas de su casa de huéspedes!....

Digitized by Google

—Eso tiene lances, dijo interrumpiéndola Doña Pepita, y si no, vea Vd. cómo el señor decia que se las refiera.

Efectivamente, Amaro divertido con los percances y cuitas de Doña Pepita le preguntaba:

—Y el andaluz ¿dió á Vd. tambien sobrenombre?

—Sí señor, me llamaba la *Gran Capitana* y su paisana, pues era de Córdoba; creí al principio que era esto alusivo á que mi marido habia sido capitan; pero no señor, se referia á mis cuentas el muy ingrato y que dejaba sin satisfacer gran parte de lo que me debia.

Miéntras Doña Pepita contaba sus pasadas tribulaciones á Amaro, y disputaba con el ex-intendente, Isidro decia á Elena que le interrogaba con la vista:

—Lo más olvidado que hay en el ministerio, Elena mia, es mi nombramiento. No lo extraño, la política lo absorbe todo; y no es este mi mayor pesar, porque Amaro me ha prometido activar este negocio y lo puede hacer mejor que yo; lo peor es que he tenido carta de mi padre, en la que me dice que la enfermedad de

mi cuñado, que se ha agravado, hace indispensable mi regreso á Salamanca.

Elena hizo un gesto de sorpresa y de dolor, exclamando: ¡Oh! ¡Isidro, por Dios, no te vayas!

—Me lo dice mi padre, repuso Isidro, ademas tú conocerás que no sólo está en mis intereses el volverme cuanto ántes y ponerme al frente de mis abandonados negocios, sino que es el regresar un deber de familia y de gratitud, del que no puedo desentenderme.

Miéntras Isidro hablaba, tenia Elena que secar con su pañuelo las lágrimas que unas á otras se seguian, gruesas y rápidas como las gotas de lluvia de aquellas nubes que llevan tantas que no las pueden retener.

—No quiero, murmuraba, que caigan lágrimas sobre esta prenda. Blanca quiere recibir sus atavíos tales, que parezca que no les han tocado manos; con cuánta más razon exigirá que no los ajen las lágrimas: no las ha vertido nunca, y no sabe que es á veces imposible contenerlas.

—¿Y por qué las viertes? dijo con interes y cariño, pero con la moderacion propia de su carácter y educacion, Isidro.

Digitized by Google

—Si otra causa no tuviesen me las haria verter esa pregunta, contestó Elena; ¿tan poco cruel te parece el dolor de la ausencia?

—Siempre es triste la ausencia, repuso Isidro, pero cuando es tan corta como lo será la nuestra, no desconsuela; es como la voladora y pequeña nube que esparce una pasajera sombra, pero no empaña el cielo.

—¿Y si olvidas á esta pobre y arrinconada desvalida?

—¿Eso temes? preguntó entre asombrado y sentido, y con su inmaculada honradez Isidro.—¿Qué dirias de mí, si yo respecto á tí abrigase semejante temor?

—Tal cosa no seria dable, respondió Elena, porque mi poco mérito, mi situacion y mi modo de vivir encerrada y solitaria hacen imposible para mí un cambio, aún dado caso que no lo hiciese imposible mi corazon.

En este momento se levantó Amaro, y despues de despedirse de su madre, se acercó á Elena á la que dijo:

—Permítame Vd. que así como Isidro me ha proporcionado el placer que he sen-

tido al conocer á la digna jóven que ha escogido por compañera, que tenga tambien la satisfaccion de que mi mejor amigo, conozca y sea conocido de la que va á ser la mia, deseando que mi eleccion pueda agradarle tanto como á mí me ha agradado la suya.

Isidro no pudo negar á su amigo su amistosa peticion, y ambos salieron, dejando á Doña Pepita y al ex-intendente en una nueva y más acalorada disputa por oponerse la primera á que Elena, á la que habia visto llorar, cansase más sus ojos poniéndole el cuello nuevo á la camisa vieja de su tio.

Los dos amigos entre tanto bajaban al cuarto de D. Jaime Aransegui, futuro suegro de Amaro.

En un fastuoso salon hallaron reunidos al padre, á la hija y á la aya de esta señorita, inglesa, é inofensiva autómata llamada Miss Sibila.

D. Jaime en cuanto no se rozaba con negocios, era todo un buen señor; en su hogar era el buen padre, el hombre limitado y bonachon que lo habia hecho la naturaleza; pero en su escritorio era el hom-

Digitized by Google

bre poco escrupuloso, inmoral y duro que de él habian hecho la codicia y el espíritu de su época.

Blanca era preciosa y muy jóven, pareciéndolo aun más por haber pasado sin sentir en una vida regalada, sin enseñanza ni sujecion, de la edad de niña consentida á la de jóven mimada. La riqueza y su humilde paje, la adulacion, habian, cual la zizaña, impedido desarrollarse al buen trigo en su corazon. Sobre su inteligencia, luz á la vez fija y vacilante, no se habian cuidado sus guias de poner el firme cristal que le diera direccion y estabilidad, ni la suave pantalla de la modestia que quebrase los descarados rayos de la arrogancia, esa vana espuma de todo poder.

Blanca estaba mirando unos figurines de moda, miéntras el padre leia los periódicos, y el aya hacia una labor de gancho.

Amaro introdujo á su amigo primero con D. Jaime y despues con Blanca, que lo miró de arriba abajo y que despues de esta inspeccion, y de hacer, quizás sin ella notarlo, un imperceptible gesto desdeño-

so, siguió ocupándose del periódico de modas.

—¿Qué opinan Vds., preguntó D. Jaime á los dos amigos, de ese huron del Japon que no quiere abrir sus puertas á las naciones cultas, y de la actitud que va tomando la Prusia? Y por un rato siguió sobre este tema discurriendo del modo más necio D. Jaime, hasta que un bostezo muy sonoro de Blanca avisó á su padre que la aburria aquella conversacion.

—Blanquita, hija mia, le dijo este, ¿es posible que no te interesen *estos eventos palpitantes de interes y llenos de actualidad*?

El lenguaje de los periódicos, que eran la única lectura que en su vida habia hecho D. Jaime, se habia infiltrado en su lenguaje como gotas de ponche en un gazpacho.

—Ni poco ni mucho, padre, contestó Blanquita, que se complacia en mortificar á D. Jaime llamándole *padre* en lugar de *papá*, denominacion que este buen señor hallaba mucho más elegante, más sonora y más fina.

—Hija mia, la Prusia es una gran potencia, patria de Federico el Grande.

Digitized by Google

—Será, señor, respondió su hija, pero ello es que Federico el Grande, y el chico, y su mujer, y sus hijos, y toda la gente de Prusia, me se figuran azules, así como los del Japon todos muñecos de porcelana y laca. Déjese Vd. padre, de Prusia y del Japon, y vamos al Prado, lo que tiene mucha más *actualidad*, como usted dice.

—¡Qué gracia! exclamó D. Jaime; vamos, si esta hija mia es la más *espiritual* de las herederas de Madrid.

—No me diga Vd. *espiritual*, padre, que las gentes que no leen periódicos ni sus folletines traducidos me van á tomar por beata, y puede que á fuerza de oírselo á Vd. decir me se antoje serlo.

—Si tal intentases, exclamó D. Jaime, haciendo esfuerzos para aparecer majestuoso, te aviso que emplearia toda mi potestad paterna.....

—¿Qué habla Vd. de potestad paterna? le interrumpió Blanca. ¿Qué antiguallas son esas? sepa Vd. que eso de la potestad paterna, no tiene *actualidad* ninguna. Padre, me voy á poner el abrigo y el sombrero; vuelvo al instante; esté Vd. pron-

to cuando vuelva, y no me haga usted aguardar.

—Una niña bonita y déspota, dijo don Jaime cuando su hija se hubo alejado, es lo más *delicioso* que existe. Si fuese dable que á mi edad pensase en volverme á echar las *duras cadenas* del matrimonio, arrastrado á ello por una *pasion volcánica*, seria con una niña como Blanquita, excéntrica como una heroina de novela, caprichosa como las auras de la primavera; que fuese un ángel en la forma con algo de diablo en la esencia, porque este es el tipo de la mujer que nos ha de enloquecer, segun lo afirman los que lo entienden.

Isidro oia á D. Jaime asombrado. Tales dislates emitidos por un estudiante le hubiesen extrañado ménos, pero oirlos en boca del que llevaba guarnecida su frente de una bella corona de canas le indignó.

—¡Pobre hombre! pensó, ¡al que un poco de mala política y otro poco de mala literatura, traducida ó imitada, han embrollado las ideas haciendo de él un ente absurdo!

—Los señores me permitirán que escriba una esquela ántes que venga Blanquita,

Digitized by Google

que si no me halla listo para salir se va á enfadar, dijo D. Jaime entrando presuroso en el gabinete.

Cuando estuvieron solos, preguntó Amaro á Isidro:

—¿Qué te ha parecido Blanca?

—Muy bien de cara, y muy extraña de maneras, contestó Isidro.

—Estas maneras *sansfaçon* y de mujer emancipada, están al uso del dia y son de *buen tono*.

—Concedo, repuso Isidro, que sean de buen tono, pero no de que este sea bueno.

Entró Blanca elegantemente prendida: al ver que su padre no estaba presente se acercó á la puerta de su gabinete gritándole: Todavía no ha acabado Vd., Padre Eterno?

—Voy, voy, Blanquita, hija mia, sólo me queda que poner á la carta el sobre.

—Envíela Vd. sin él.

D. Jaime al llegar al coche ofreció un asiento á Isidro, que atentamente lo rechazó, le ofreció con española urbanidad su casa, le dió á la inglesa un vigoroso apreton de manos y subió al coche, en el que, con un movimiento á la vez indolente y brusco, le habia precedido su hija.

SEGUNDA PARTE.

Digitized by Google

Digitized by Google

Un año habia pasado; un año en la vida pasa más ó ménos pronto, pero un año en los libros, pasa entre dos renglones.

Isidro lo habia pasado afanado en los acumulados negociados que le proporcionaban su bufete y el de su cuñado, al que á su vez reemplazaba en su desempeño, en vista que la enfermedad que le aquejaba se habia agravado. Los ratos de descanso los empleaba Isidro en aliviar á su hermana en los cuidados y la incesante asistencia que requeria la enfermedad de su marido, los que con tan admirable celo, inteligencia y abnegacion prestan las mujeres españolas á los enfermos que asisten.

Así sucedia, que como una vida exclusivamente ocupada por el trabajo y por los cuidados y deberes de familia, deja los intereses personales en segundo término, Isidro no se entregó á toda la inquietud y

Digitized by Google

desasósiego que debian producir en su ánimo dos circunstancias, que, si bien paulatinamente, vinieron á herir su delicadeza y á lastimar su corazon.

Era la primera la falta de celo y eficacia de Amaro en activar el despacho de su nombramiento de Juez. Al principio de su ausencia le habia escrito algunas cartas dándole cuenta de algunos pasos sin resultados que con el referido objeto habia dado, tropezando siempre con dificultades, ya por cambios de ministros, ya por anteponerse á lo justo y á lo prometido injustificables exigencias de diputados y periodistas, viendo con dolor que no es la senda marcada por la ley y la justicia la que conduce al logro.—Las cartas de Amaro fueron escaseando y haciéndose cada vez más lacónicas. Isidro que no tenia orgullo ni amor propio, y que por lo mismo que carecia de esos vicios de almas inferiores, tenia la primera virtud de las superiores, la dignidad intransigente, no le volvió á escribir ni á recordar su promesa, diciéndose á sí mismo con tristeza, pero sin encono: que cierto es el refran pesimista, á muertos é idos, no hay amigos.

La otra causa de dolorosa extrañeza que tenia, era el que las cartas de Elena que en los primeros dias de ausencia habian sido largas, sentidas y apasionadas, se habian trocado despues en cortas y ásperas, conteniendo sólo quejas amargas por su prolongada ausencia, mostrándose en ellas decidida y aferrada en no admitir como válidas ninguna de las razones que motivaban la necesidad apremiante de la permanencia de Isidro donde se hallaba. En vano fué que procurase éste disipar los fantasmas que se forjaba la imaginacion de una mujer, que era por carácter y por causa de su situacion precaria, celosa y desconfiada.

Al fin del año, el cuñado de Isidro se restableció, lo que coincidió con la reposicion del amigo de su padre en su importante destino, por lo cual Isidro sin desatender á sus deberes, pudo satisfacer sus vivos deseos de trasladarse á Madrid.

Al llegar á dicho punto, se encaminó como es de suponer, á su acostumbrado hospedaje en casa de Doña Pepita. Al verlo esta, demostró la mayor alegría, y

despues de darle mil bienvenidas, le dijo con una sonrisa significativa:

—Cuánto se ha hecho Vd. aguardar, D. Isidrito; por fin viene Vd. á dar el pésame; pero ya viene tarde, pues las lágrimas (caso que las haya habido) mucho há que se han secado.

—¿Qué pésame? preguntó Isidro alarmado.

—Vamos, vamos, camastroncillo; repuso doña Pepita; que se hace Vd. el desentendido y sabe tan bien como yo lo que pregunta.

—Nada sé, señora.

—Pues qué, ¿ignora Vd. que murió casi de repente el triste D. Tristan, y que ese avariento, miserable, sin entrañas, que veia sin apiadarse á su sobrina trabajar de dia y de noche, ha dejado una inmensa fortuna? ¿Vd. no lo sabia?

—Yo no.

—¿Pero cómo es esto posible? ¿Ni tampoco sabe Vd. que la disfruta Elena, porque su dueño no se la pudo llevar al otro mundo; de manera que como no tenia más heredera legal sino esta sobrina, todo ha recaido en ella?

Digitized by Google

—¿Y de qué murió? preguntó Isidro.

—De un accidente, contestó doña Pepita. Su buena patrona mandó inmediatamente á avisar á doña Manuela la novedad; no pudiendo ir allá la pobre señora, me suplicó que acompañase á Elenita para que prestase á su tio la asistencia debida.

¡Ay D. Isidrito! ¡no se me olvidará miéntras viva lo que allí presencié, que fué la muerte de un avariento que no ha pensado en su vida más que en su dinero, y esta muerte es espantosa! ¡Qué sábia es la Iglesia en haber colocado á la avaricia entre los pecados capitales ó mortales! ¡Yo que lo creia más inocenton que los otros seis!; y es tan malo ó más; pues aunque mete ménos ruido y es ménos escandaloso que los otros, estoy para mí que aparta más el alma de Dios. No, no, don Isidrito, no quiero riquezas si han de enterrar mi alma en metales ántes que mi cuerpo en tierra.

—Dice Vd. bien, y como una buena cristiana que es, que no olvida que tiene un alma que Dios nos ~~envió~~ creó de su soplo despues de haber formado nuestro cuerpo

del polvo de la tierra; pero prosiga usted su relacion.

—Cuando Elena y yo llegamos á la zahurda que su tio habitaba, vimos tendido sobre un catre de tijera á su dueño, cubierto de sucios girones, el que permanecia sin sentido; una mala mesa de pino, dos sillas rotas y un gran arcon de hierro con doble candado, era todo lo que allí se encontraba. El médico estaba á la cabecera del enfermo, sin haber dispuesto otra cosa sino que se llamase al sangrador y que se trajese el Santo Oleo, el que apresuradamente habia ido á requerir el buen Sacerdote que en la misma casa vivia. Pero ni el auxilio espiritual ni el corporal llegaron á tiempo, pues á poco de haber entrado el médico y nosotras, abrió aquel hombre casi cadáver desmesuradamente los ojos, los que desatentados y saliéndose de sus órbitas se fijaron en el arcon de hierro, y solevantando su exhausto cuerpo sobre el codo, con las ánsias de la muerte y sin apartar sus ya quebrados ojos del arcon, hizo un último esfuerzo, y con voz ronca y acento desesperado gritó: ¡*ahí queda*! y recayó horrible y des-

figurado cadáver sobre su inmunda almohada.

Isidro, á pesar de su carácter sereno y contenido, hizo un gesto de repulsa, diciendo en seguida:

—¡Dios se haya apiadado de esa alma degradada!

—Ya le dije á Vd., D. Isidro, prosiguió doña Pepita, que lo que allí ví no lo olvidaré miéntras viva. No padezco de nervios como las damas enfermas ó niñas románticas, pero la muerte de ese hombre tan olvidado de su alma, de otra vida y de un Supremo Juez que de esta nos pedirá cuenta, me horrorizó á punto de sentir una congoja y temblor nervioso, que traté y pude dominar con la oracion que aparta el espíritu de las cosas terrenas; pero ocho noches estuve sin poder dormir, porque siempre tenia ante mis ojos aquel espanto.

Apénas murió cuando Elenita y yo quisimos retirarnos; pero la patrona y el clérigo que en la misma casa vivia no lo consintieron, pretextando que como era de suponer que tuviese el difunto la llave de aquel arcon (su sólo pensamiento en

vida y en muerte) debajo de su almohada, suplicaban á los presentes que no se moviesen de allí hasta que llegase el juez del distrito, al que ya habian mandado á llamar para contrastar é inventariar lo que el difunto dejaba.

A poco llegó el juez, trayendo testigos. La llave del arcon se halló efectivamente debajo de la almohada del muerto, cuya cabeza parecia retenerla todavía con su peso.

El arcon fué abierto por el juez, que hizo formar un inventario de lo que contenia, que todos los que estaban presentes firmaron como testigos.

Mentira, mentira, la de la quiebra del banco, D. Isidro. En el arca estaban los documentos que acreditaban que por el tiempo de su regreso de América habia puesto cien mil duros en el Banco de Inglaterra y otros cien mil en el de Francia. Metidos en talegos en buenas onzas de oro, tenia todos los réditos de este dinero año por año, de manera que estaba el capital más que doblado. Ademas tenia casi todo lo que como jubilado habia cobrado del Tesoro, puesto que nada gastaba.

En lo demas, ni notas, cuentas, ni tes-

tamento se hallaron; de manera que no teniendo hermanos ni más sobrina que Elenita, esta ha sido declarada heredera universal y ha sido puesta en posesion de ese enorme caudal. Si no se lo ha escrito á Vd. es porque desea sorprenderlo, y para no quitarle esa satisfaccion; no se dé Vd. por entendido de que lo sabe.

Lo que habia oido dejó á Isidro parado. Habia en su alma noble y digna un sentimiento indefinido que lo llevaba á repeler la idea que él, pobre en la actualidad, con un porvenir que todo lo más llegaria á ser descansado y honroso, pero nunca opulento, se uniese á una mujer poderosa.

—Vamos, ¿qué me dice Vd. de su buena suerte? le preguntó doña Pepita.

—Yo hubiese deseado, contestó Isidro, que su tio hubiese dejado algo á su sobrina, pero que fuese ménos, que fuese poco.

—¿Qué está Vd. diciendo? exclamó la buena señora, incapaz de comprender las elevadas, razonables y delicadas ideas que habia inspirado á Isidro lo que acababa de decir.

Este se sonrió y repuso:

Digitized by Google

—Señora, digo que soy tan lugareño y tan vulgar que no me deslumbran ni deseo grandes riquezas, que suelen ser más provechosas á la vanidad que á la dicha.

—¡Jesus María! exclamó doña Pepita; desde las que oia á mi andaluz y al *artista*, no he oido proposiciones más descabelladas. ¡No querer mujer poderosa! D. Isidro, el romanticismo y sus extravagancias han pasado de moda; ahora lo está el dinero y el lujo, que llaman género *positivo*.

—Voy á ver á esas señoras, dijo Isidro levantándose, y añadió distraidamente: ¿viven aún en el cuarto piso?

—¿Qué está Vd. diciendo, señor? repuso doña Pepita. Viven en el principal, en el cuarto que ocupó D. Jaime Aransegui; como que Elena compró la casa cuando se vendió.

—¿Que se vendió la casa? preguntó asombrado Isidro.

—Sí, pues fué labrada y era propiedad de D. Jaime, por lo que fué vendida poco despues de su muerte, porque á pesar de la bambolla con que vivia, dejó las cosas tan enredadas, que su hija ha quedado por puertas.

Digitized by Google

—¡Pobre Blanquita! dijo compadecido Isidro: con la educacion que ha recibido, con las costumbres que la han hecho adquirir, debe sufrir mucho con ser pobre; pero esto es transitorio, porque en casándose con Amaro.....

—¿Casarse con D. Amaro?—interrumpió Doña Pepita,—¡buena hora es! Este señor, no piensa en cuanto á dinero como Vd.; no desea poco, sino miéntras más mejor, y como se casaba por conveniencia, como se dice hoy y segun dijo el boquifreso pretendiente, las circunstancias han cambiado, estaba libre de todo compromiso.

—¡Pobre Blanquita! repitió compadecido Isidro.

—Sí, y no, repuso Doña Pepita. Ella no ha sentido el proceder de su amigo de Vd., pues por lo visto no le queria. Como Elena es tan buena, la ha recogido, y la tiene á su lado, pero con el cargo de asistir y acompañar á su madre.

—¡Ya! dijo Isidro, y ese *ya* que la buena Doña Pepita no supo evaluar, hacia descender mucho de la altura en que doña Pepita la colocaba, la bondad de Elena.

—Vaya Vd. con Dios, dijo ésta á su

huésped, que tomaba su sombrero. Allí encontrará Vd. á su amigo que es el *tu autem* de Elenita. Él la compró la casa y ha colocado su dinero. Sus dos hermanas, de las cuales una es viuda, se han apoderado de ella, á quien acompañan y llevan á todas partes, en vista que su pobre madre no puede hacerlo.

Isidro estaba confuso, atolondrado. Las noticias que le habia dado Doña Pepita, ciertas en lo concerniente al fondo de las cosas, eran superficiales y daban sospechas sin seguridad, y esta era la que deseaba Isidro cuanto ántes tener, por lo cual se apresuró á bajar á la habitacion de su prometida, á la que le precederemos.

En el testero de un suntuoso salon, sobre un rico sofá, estaban sentados Elena y Amaro. Aquella vestia aún un luto lujoso, adornado y alegre.

Amaro la decia en aquel momento: mi padre era el que estaba empeñado en que me casase con Blanca, la que nunca me agradó, así como yo no tuve la suerte de hacerme querer.

Desengañado al fin mi padre de que este

matrimonio no me haria feliz, y teniendo por otro lado fundadas quejas de D. Jaime, desistió de su empeño, dejándome libre de elegir compañera segun me inspirase mi corazon. Ahora bien, Elena, ya le he dicho á Vd. que desde que ví á Vd.... (pondremos aquí un etc. para evitarnos repetir, y al lector leer, el empalago de las palabras de un amor salido del arcon de hierro del miserable avaro) me propuse, prosiguió Amaro, como leal amigo de Isidro, no volver á ver á Vd.; pero puesto que él se ha portado tan inícuamente, faltando á su palabra y olvidando sus compromisos, puedo sin faltar á la delicadeza, seguir los impulsos de mi corazon.—Ademas, Elena, el mundo es mundo y en el mundo vivimos; bueno ó malo, hijos somos de nuestro siglo; si la suerte destina á Vd. á ser uno de los astros que brillen en las altas regiones de la capital con la esplendidez que le proporcionan sus riquezas, sería un suicidio irse á un villorrio á ver firmar sentencias á su marido.

—¡Eso nunca! dijo con decision y desden la flamante millonaria.

—Elena, á Vd. corresponde un partido

adecuado, que aumente y no eclipse el brillo de su posicion.

Al pié del salon estaba sentada Doña Manuela en un sillon apartado de la luz del dia y á su lado estaba Blanca, cubierta de un sencillo y triste luto, leyendo en alto.

—Ya estarás cansada hija mia, le decia con cariño y dulzura Doña Manuela; deja pues la lectura, te lo pido.

—Señora, permítame Vd. que prosiga, respondia Blanca, ¡lo hago con tanto placer! no sólo porque á Vd. se lo causo, sino por lo que á mí me interesa la lectura. Mi pobre padre (Q. D. D. G.) me queria tanto que nunca me obligó á ocuparme en nada serio, y me crié como la mala yerba, sin cultivo. ¡Cuánto he aprendido desde que tengo la dicha de estar al lado de Vd.! cuánto, por sus lecciones, por su ejemplo y por las buenas lecturas espirituales, instructivas y amenas en que repartimos el tiempo.

—Las lecturas, hija mia, repuso Doña Manuela, deben instruirnos, aclarar nuestro entendimiento, formar el buen sentido, refinar el gusto, ennoblecer los senti-

mientos reprimiendo sus excesos para que no se desboquen en pasiones, y avivar los amortecidos para que no se emboten en la inercia, para lograr de esta suerte que la razon domine en la juventud....

—Y la bondad y la austeridad en la edad madura, como en Vd. señora se ve, interrumpió Blanca.

En este momento entró Isidro.

—Amaro se levantó sorprendido al verlo, pero dominando cierto embarazo, causado no por su conciencia, sino por consideraciones mundanas, fué á su encuentro y le dijo:

—Bien venido, ¿cómo no has avisado tu llegada?

—Nunca lo he hecho, contestó friamente Isidro que se acercó á saludar á Doña Manuela.

Esta le recibió con las más sinceras demostracíones de satisfaccion y de cariño. Saludó igualmente á Blanca, preguntándola si habia olvidado al amigo que Amaro habia introducido en su casa.

—No señor, contestó Blanca, y añadió sonrojándose: ni tampoco he olvidado la manera inconveniente y descortés con que

lo recibí; era muy niña y muy nécia entónces.

Isidro se acercó á saludar á Elena. Toda la dulzura, timidez y modestia con que la pobreza y su triste situacion habian hecho tan simpática y atractiva la persona de Elena, habian desaparecido; se habia envanecido, lo que contribuia á dar á su talante erguido una altanería y entono, que rechazaba á las gentes razonables y cultas que no han llegado á hallar (á la moda del dia) atractivos y gracias, en vicios, defectos y rarezas. Sus cejas negras, que eran muy pobladas, se unian en este momento, formando un entrecejo duro y desdeñoso. Todos los santos y poéticos atractivos de la vírgen cristiana, se habian desvanecido al soplo del orgullo y de la vanidad, del deseo de lucir y de dominar.

—Elena, le dijo Isidro con tristeza, ignoraba vuestro cambio de situacion, lo celebro si os hace feliz; pero por mi parte, mucho he sentido no subir aquella modesta habitacion que encierra para mí tan gratos recuerdos.

—Pues mucho he celebrado yo dejarla,

Digitized by Google

contestó Elena, porque para mí no tiene más recuerdos que las muchas lágrimas que por distintas causas en ella he derramado; no siendo las ménos amargas el olvido y abandono que sufrí cuando era pobre y que....

Elena iba á añadir, (y que si cesa no será debido al amor); pero Isidro que adivinó el final de la frase, la interrumpió, diciendo:

—No prosigais, señora, ni penseis que sea necesario el insulto para alejarme, basta desearlo.

Lo que diciendo se alejó. La indignacion hacia hervir su sangre, pero no por eso le abandonó esa calma y esa sangre fria que cuando no es debida á una naturaleza insensible y floja, es la varonil fuerza de voluntad patrimonio de naturalezas superiores, la que se mira propiamente simbolizada en esos grupos de la estatuaria griega, en que se ve un hombre fuerte y hermoso que sujeta por el freno con vigorosa mano, cuatro fogosos caballos que se encabritan y tascan el freno.

Isidro se acercó á Doña Manuela para despedirse.

Digitized by Google

—Se va Vd. ya D. Isidro? le dijo con profunda tristeza la buena madre que presentia lo que acababa de suceder.

Isidro se disculpó con los quehaceres que le traian á la capital; pero prometió volver.

—¡Sí, sí, vuelva Vd.! rogó la excelente señora que tan capaz era de apreciar lo que valia Isidro. De noche vienen sus amigas á llevarse á Elena al teatro ó á sociedades numerosas, y (á no venir Doña Pepita) estamos solas con esta pobre niña —que en vano me esfuerzo por consolar de la muerte de su padre;—tráigale usted consuelos.

—¿Consuelos por la muerte de un padre? ¿acaso los hay? repuso Isidro; pero admito con gratitud el permiso de acompañar á Vds. en sus horas de soledad que lo son tambien para mí.

—¿Recuerda Vd. á mi padre? preguntó Blanquita. ¡Mi pobre padre, cuánto sufrió en su cuerpo y en su espíritu! ¡y yo niña egoista y loca, no veia apénas sus padeceres, ni sospechaba la causa! Cuando queria introducir alguna economía que el estado de sus negocios hacia necesaria,

¡Dios mio! yo me oponia con ese despotismo de niña mimada, que es la serpiente del labrador que le dió vida en su seno.—Veia sufrir y desmejorarse al mejor de los padres, y en lugar de consolarle y de provocar una confidencia que me hubiese hecho compadecerlo y cuidarlo, forzaba al padre amante que no sabia resistirme á llevarme á paseos y teatros, en los que tanto se aumentaban sus sufrimientos! ¡Oh Dios, qué conducta! ¡ella contribuyó ciertamente á acelerar su muerte! ¡y su recuerdo graba en mi alma tal dolor y tan acerbos remordimientos, que han de amargar toda mi vida! ¡Los buenos hijos pueden hallar consuelo; los malos no!

A Elena cortaron sus sollozos la palabra.

—Hija mia, le dijo Doña Manuela, tu reciente dolor por la muerte de tu padre, hace que exageres tus faltas, que no han sido hijas de tu corazon, sino de tu viciada educacion, y la prueba es, la esmerada y cariñosa asistencia que tuvistes á tu buen padre, cuando al agravarse el mal, no te lo pudo ocultar.—Pero para tí, Blanca mia, ha sido la primera desgracia de tu

vida (como dice un autor) el rayo que derribó á San Pablo.

Isidro miraba y oia con admiracion aquella jóven tan completamente trasformada por la desgracia; aquel orgullo necio y frívolo que ántes ostentara, anonadado por la pobreza; aquella fria indiferencia ahogada por las lágrimas; aquel espíritu frívolo, sentado y madurado por la instruccion y buenas lecturas; aquel completo vacío del corazon y de la cabeza, ocupado por la reflexion y los sentimientos religiosos, que son las alas que alzan el sentir y la mente á aquellas altas regiones por las que el alma ansía. ¡Qué contraste formaba con Elena, esa mujer que abusaba del lujo como legítima pobre enriquecida; aquella mujer que abandonaba el cuidado de su madre á manos extrañas; aquella mujer que daba oidos al hombre rico y elegante, pero villano; que abandonaba á su prometida al verla empobrecer; que buscaba un pretexto para deshacer su compromiso con un hombre que valia y la habia amado pobre y desamparada!

Digitized by Google

TERCERA PARTE.

Digitized by Google

Digitized by Google

En una tarde de Noviembre, fresca precursora de los alegres dias de frio, y de los tristes temporales que gimen y lloran, se hallaba en un olivar poco distante de la estacion que cerca del pueblo de Posadas tiene la vía férrea de Córdoba á Sevilla, una cuadrilla de cogedores de aceituna, las que, como es sabido, se componen de mujeres, niños y ancianos conducidos por el *manijero* que dirige la cogida, y por el *veedor*, que es el que lleva la cuenta de las fanegas de aceituna recogidas.

Toda recoleccion es un trabajo bien retribuido, y en el que se reunen multitud de trabajadores, y así por penosa que sea, es un trabajo alegre para el pobre, el que ademas, siente instintivamente el amor y amparo del Todopoderoso en los dones que expende á sus criaturas. Sólo el dueño, si

es avaro, frunce el ceño cuando aún le parece corto el beneficio de Dios.

Habíanse sentado los cogedores á la orilla del camino para descansar, cuando vieron acercarse, viniendo de la estacion, á una señora de edad, gruesa, que traia en la mano un saco de viaje, una caja de madera redonda, y una cartonera colgada del brazo. Tenia puesto sobre un vestido color de castaña un abrigo ceniciento guarnecido de verde, una cofia negra con lazos de cinta amarilla, y por cima un velo de tul, que á duras penas retenia de las embestidas de un viento largo que se empeñaba en llevárselo por trofeo.

—Esa hembra no es de por acá, dijo al verla uno de los cogedores, anciano derecho y acartonado.

—¿En qué lo conoce Vd., tio Bumbum? le preguntó una de las muchachas que admiraba el visual atavío de la forastera.

—En que aquí las ancianas no andan tan acicaladas, ni llenas de colorines y moños como conejo de rifa.

—Cuando lo dice el tio Bumbum que ha sido soldado y ha andado todas *las partes del siglo* y todos *los que han sido puertos*

Digitized by Google

de mar, y se remontó hasta donde está el ruso y los osos blancos, verdad será, opinó un viejo pequeño y encogido, gran admirador del tio Bumbum, que llamaban por ser muy moreno el *tio Caoba*; cuando él lo dice verdad será, repitió por segunda vez.

Llegó en este instante la señora aludida muy sofocada, y dijo con afabilidad y acento madrileño:

—Buenas tardes tengan Vds.

—Venga Vd. con Dios, ¿se encamina su mersé al pueblo? respondieron los cogedores.

—Sí, y quisiera que algun chiquillo me llevara este saco, ¿me lo quieres llevar tú, prosiguió la forastera, dirigiéndose á un chiquillo que la miraba con la boca abierta, y te daré seis cuartos?

—Sí, respondió el muchacho, que al oir la suma prometida, cerró la boca y abrió tamaños los ojos.

—Se dice sí *señora*, rudo, dijo al muchacho una de las cogedoras.

—¿Y sabrás tambien, prosiguió la forastera, llevarme á la casa del juez?

—Pues no ha de saber, dijo una de las

mujeres, ¿quién no sabe *en caa* del juez donde los piés se van solos, pues allí, si el marido es *speculum justitiæ*, la mujer es *consolatrix aflictorum*?

—¿Con qué tan buenos son? preguntó con semblante muy complacido la forastera.

—Para celebrar al juez, nadie pone más que la boca, dijo el tio Bumbum.

—Un juez como han de ser los jueces, más cabal que las pesas, dijo un hombre.

—Más derecho que el dedo de San Juan, añadió otro que prosiguió mirando á la caja y á la cartonera que la señora traia, ¡á ese le pueden venir con regalitos! Como que á uno que le fué con un empeño y le llevó seis gallipavas, lo metió en la cárcel, en la que cada dia le mandó una de las gallipavas muy retebien guisadas, y hasta que se comió las seis, no le dió carta de libertad.

—¡Pero y bueno! ¿De eso no se ha visto, y si no, lo que acaeció á la tia Pae Santa?

—¿*Pae Santa* ha dicho Vd.? preguntó la forastera poco acostumbrada á oir los apodos con que se nombran y conocen los campesinos en Andalucía.

—Sí señora, *asina* la dicen, porque á su

padre, que era un hombre retebuenísimo y muy arrimado á la Iglesia, le pusieron el *Pae Santo*, y ella ha heredado el nombre, que le viene de molde, pues es tan buena como su padre.—La pobrecita en las noches de verano se pone á rezar el rosario á la puerta de su casa, y como todas estamos tambien sentadas al fresco á las puertas, lo rezamos con ella. Despues del rosario, reza á todos los santos de la córte celestial, y cuando ya no le queda en la memoria ninguno, le reza al monte Tabor.

—¿Sabes, dijo otra mujer, que la pobrecita está muy malita?

—¿Qué me dices? mucho lo siento, aunque á esa, ántes de morir, se la llevan los ángeles al cielo.

—¿Y qué es lo que acaeció á esa buena mujer? preguntó la forastera, para la que todo lo que se rozaba con el juez tenia gran interes.

—Murió un hombre rico, refirió la interpelada, y dejó una limosna de doce onzas para los doce pobres más necesitados del pueblo. Entre estos señaló el Cura, que era el encargado de nombrarlos, á la tia Pae Santa, que tiene tres vejeces, una

de penas, otra de trabajos y otra de años, sin más que un dia sobre otro. Pero el albacea, que está muy retebien acomodado, pero que es más duro que los guijarros de Villamalsilla, y más agarrado que las piñas de Segura, no habia forma que le entregase la manda, y no le daba más que entretenederas: — Venga Vd. mañana, vuelva Vd. pasado.—Tia Pae Santa, le decíamos todos; si no echa Vd. por otro camino, cobrará Vd. cuando lluevan pasas; no tiene Vd. más remedio que acudir al juez;—y tanto le dijimos, que la pobre, aunque es más encogida y metía en su concha que un galápago, porque la miseria amilana mucho, se presentó á su señoría y le dió su queja. El juez le dijo con muchísima de la crianza que se sentase, y mandó á llamar al tal. Cuando llegó le preguntó con esa cara tan hermosa y respetuosa que tiene, si era verdad lo que aquella *desdichàa* le habia dicho. ¡Ya se ve! no lo pudo negar; pero como no tiene ni chispita de carmin en la cara (1), le

(1) El que no se sonroja—que no tiene vergüenza.

respondió con la frescura del mundo que el difunto no habia señalado plazo para la entrega de las mandas. La pobre de la tia Pae Santa, que ve muy cercano el dia de su muerte, se echó á llorar por su cara abajo.—Entónces el juez se levantó, sacó una onza que le dió á aquella infeliz, y encarándose con el alma de corcho del albacea, le dijo:—De aquí en adelante me debe Vd. esa onza á mí, y le volvió la espalda. Digo á Vd., señora, que es el juez un San Lomon (1) con una cabeza atestada de *laitines* y unas entrañas llenas de piedad.

—Verdad es, opinó una mujer; pero si él es piadoso, su mujer es misericordiosa (2). Señora, añadió, dirigiéndose á la forastera: ¿trae su mercé por acá algun asunto con la justicia?

—Calla Josefa, le dijo el tio Bumbum, que el preguntar lo que no se nos dice es descortesía; la curiosidad tenerla para lavar la ropa, hija mia.

—Pero *escanse* su mersé, que viene muy acansinada, dijo una de las mujeres; sién-

(1) Salomon.
(2) El diccionario hace sinónimas estas palabras, el pueblo las diferencia.

tese en el chueco de este olivo, que se ha de hallar más á gusto que en los *butacos* que han traido á la estacion.

La forastera se sentó para descansar un rato y preguntó:

—¿Señores, me querrán Vds. decir por qué nombran á ese su compañero el tio Bumbum? que ese apodo me ha llamado la atencion.

—Yo se lo diré á su mersé, repuso una vieja. Años atrás, cuando volvió de la guerra del frances, trajo un cante que no se le caia de la boca, y este tenia por remate el bum, bum de los cañones. Tio Bumbum, bien podia Vd. cantárselo á señora, ande Vd.

El interpelado no se hizo de rogar y cantó en una bonita tonada, con voz fuerte aunque cascada, esta antigua cancion del tiempo de la guerra de la Independencia:

Napoleon tuvo un hijo
Y lo quiso coronar
Por corona le pusieron
Una piedra de amolar (1).

---

(1) El pueblo estuvo siempre en la creencia que Napoleon habia sido amolador.

Digitized by Google

Que gran bobazo, bum, bum,
Que quiso á España
Y se llevó chasco.—bum, bum.

—Bum, bum, gritaron los muchachos imitando tiros.

—Otra, otra, que una no es ninguna, pidió riendo el auditorio.

—Pues vaya otra, respondió el anciano cantador:

Entró con alevosía
y nos quiso avasallar,
pero se salió de prisa
volviendo la cara atrás.
Qué gran bobazo, bum, bum,
Que quiso á España
Y se llevó chasco, bum-bum.

La forastera, que estaba muy divertida, dijo entónces al veterano.

—¿Sabe Vd. cómo tienen ahora en Francia otro Napoleon?

El veterano contestó: ¿y á mí qué me se da? á ver cómo no tienen veinte.

—Y si este viniese á España, ¿iria Vd. á combatirlo? preguntó la señora.

—Yo ya no puedo *naa*, sino atizar, respondió el veterano; pero ahí están mis hijos y mis nietos que darian su sangre por

Isabel II, la más noble y generosa de las Reinas.

—Suénase que este Napoleon tambien va á hacer guerra por allá por el Norte, dijo la forastera.

—Pues dígole á Vd. dijo una pobre mujer que habia perdido un hijo en Navarra y otro en Africa, que las tales guerras son una barbaridad si las hay. Bien se dice que al ver el Señor el amargo dolor de Adan cuando Cain mató á Abel, se compadeció y le dijo: Adan, no te desconsueles, que de tí nacerán muchos pueblos que poblarán el mundo entero: vuelve el rostro, que haré que puedas ver la órbita del mundo entero y que tu vista traspase el velo que cubre lo venidero. Adan se levantó y largo rato estuvo mirando el cuadro que á su vista se presentó. Poblado estaba el mundo; numerosos pueblos lo cubrian por do quier, pero á todos los miró en guerra unos con otros: por todas partes muertos y sangre. Entónces tapándose el rostro con ambas manos, le dijo sollozando al Criador: SEÑOR, SEÑOR, DEJADME LLORAR Á ABEL.

—¿Con lo que quiere Vd. poner el caso,

dijo el veterano, que toditos los que van á la guerra son unos Caines?

—Los que las disponen, cabales.

—Pues que callen las *señás* mujeres, por las que entró el pecado en el mundo, y con él todo lo malo, dijo sentenciosamente el tio Bumbum.

—¿Me podrán Vds. decir, preguntó la forastera, si se ve desde aquí el pueblo de Cantillana, que está en la línea del ferro-carril de Córdoba á Sevilla?

—No señora, contestó el tio Bumbum; está á catorce leguas de aquí, y no se ve sino cuando pasa á su vera el ferro-carril, porque está metido entre arbolado como un rebaño entre matorrales.

—Pues tengo curiosidad de verlo, dijo la forastera, porque leí hace pocos años en un periódico una novela muy bonita, aunque á vueltas de hacer encarnizado escarnio de Andalucía, y que dedicaba por escarnio tambien, el autor (que se firmaba *autora*, pero que á nadie engañó, y el que lo quiso saber supo quién la habia escrito) á un escritor andaluz, que como lo hacen cuantos la han visto, celebraba esta hermosa provincia de España, que tanto han

llorado y lloran los moros. En dicha composicion, á la que el autor no da nombre, venia á contar el orígen de la conocida frase de *el Obispo está en Brenes*; *y el diablo anda en Cantillana*, y quisiera ver la casa que labró el indiano, y.....

—Señora, ¿qué está Vd. diciendo? ¿y qué tiene que ver Indiano alguno con el dicho del diablo en Cantillana? le dijo el tio Bumbum.

—¿Pues no ha de tener? lo he visto impreso en letra de molde.

—¿Y eso qué prueba? repuso el tio Bumbum; ¿no ha oido su mercé el refran de miente más que la *Gaceta*? pues eso imprentado está. Señora, el dicho ese aquí tuvo principio y aquí sabemos de unos en otros, el cuándo y el cómo fué que por entónces no habia Indias ni Indianos por el mundo.

—¿Y me lo querrá Vd. referir? replicó la forastera.

—¿Por qué no? contestó el veterano, que no deseaba otra cosa que contar, y empezó de esta suerte su relato:

Salió en una ocasion el Rey D. Pedro, al que los grandes pusieron el *cruel*, y los

pobres el *justiciero*, á cacería y tiró rio arriba hácia Cantillana. Habíase separado de su séquito y apretándole la sed, se entró en una viña en que vió trabajar á un hombre. Pidióle de beber, y el hombre aunque sin conocerlo, fué á su sombrajo y le trajo una talla de agua. Miéntras bebia observó el Rey que aquel hombre estaba muy triste y caido de ánimo, por lo que le preguntó qué era lo que le aquejaba. El infeliz le respondió que tenia una pena de las más grandes, pero que como nadie la podia remediar no tenia por qué decirla. ¿Quién sabe? le dijo el Rey; cuente usted, *que penas participadas, si no se curan se alivian*; y por aquello de que *corazon que se halla herido á pregonero se mete*, el desdichado refirió al Rey que era el mesonero de Cantillana, y que el escribano del pueblo habia engañado á su hija con palabra de matrimonio, palabra que no queria cumplirle alegando que no podian casarse porque eran primos, y que esto no era más que una mala disculpa, puesto que podia pedir la dispensa al Obispo que cabalmente se hallaba haciendo la visita en el cercano pueblo de Brenes.

—¿Y cómo no se ha quejado Vd. al alcalde? le preguntó el Rey.

—Pues ya se ve que me he quejado al alcalde, contestó el pobre padre; pero el alcalde y el escribano son compadres y están compaginados en todas cosas, por lo cual el alcalde no ha hecho maldito el caso de mis quejas.

El Rey se despidió y se fué de un tiron, y sin perder la derechura á Cantillana.

Entró en el meson; habló con la mesonera y su hija, y habiéndose convencido de la verdad de lo que el hombre de la viña le habia relatado, le dijo á la mujer que fuese á decir al alcalde que habia en su meson un hombre que tenia precision de hablarle.

El alcalde más tieso que un don Pedro de palo, y con la cabeza más erguida que un gallo castellano, se presentó en el meson, con su vara empuñada y su sombrero encasquetado.

—¿Me conoce Vd? le dijo D. Pedro.

—Yo no, respondió muy en sí el alcalde.

—Pues sepa Vd. mal alcalde, que soy el Rey, dijo D. Pedro.

La vara se escurrió de las manos del alcalde que se encogió como una pasa, y echó á temblar como un azogado.

Escuchad bien lo que os voy á decir, prosiguió el Rey.—Que se levante ahora mismo la horca en la plaza, y que mañana á estas horas, esté casado su compadre el escribano ó colgado en ella, y cuidado como á nadie decís que he estado aquí.

El Rey salió, dejando al alcalde más muerto que vivo.

Apénas se recobró, cuando echando una carrera en pelo que no paró hasta llegar á la casa del escribano en la que entró gritando:

—Compadre, cásese Vd. y sobre la marcha.

—¿Está Vd. ido de sentido? contestó asombrado el escribano.

—Compadre, en su interes y en el mio se lo pido: ¡cásese Vd.!

—Que no.

—Pues le digo á Vd. que no tiene más remedio que cumplir en seguida la palabra que ha dado, y casarse.—¡Al avio! ¡Al avio! Y el alcalde azorado le empujaba hácia la puerta.

Digitized by Google

—Compadre, dijo amostazado el escribano, ¿qué mosca le ha picado á Vd.? ¿No sabe Vd. acaso que eso no puede ser, porque somos primos la hija del mesonero y yo?

Entónces el alcalde, cada vez más azorado, le dijo:—Compadre, cásese Vd., que el Obispo está en Brenes y..... y..... el diablo en Cantillana.

Al oir esto último, el escribano comprendió lo que queria decir el alcalde, y se casó.

—Agradezco á Vd. la referencia que me ha hecho, dijo la forastera al veterano. La novela del periódico podrá parecer al que la escribió y á otros muchos más bonita; pero del modo que Vd. me la ha contado tiene más visos de verdad, y esto es lo que en estas cosas vale. Ahora cuando se ha de hacer una cosa de prisa quitando estorbos que sirven de disculpa, recordaré á D. Pedro que sabia disponerlo. Pero, señores, mucho me he detenido; las tardes son las más cortas del año, y me va á anochecer en el camino.

—Mucho más cortos son allá por el Norte, dijo el veterano, pues á las cuatro ya es de noche.

—Las cosas que dice el tio Bumbum tan

gordas son que no se pueden tragar, opinó á media voz un zagalon escéptico.

—Calla hormigon, le dijo severamente el veterano que lo oyó, que cada vez que abres esa boca que parece un obús, es para darte á tí propio la patente de sándio. Tú no has visto el mundo más que por un agujero, así lo que tienes que hacer es, oir, ver y callar, ¿estás? cuando á tí te bautizaron hacia mucho viento y se llevó la sal.

—Muchacho, ven acá, dijo la forastera. Cuélgate el saco del brazo para que puedas llevar con cuidado y sin que se traquetee esta caja en la mano. Yo llevaré la cartonera. Señores, quedaos con Dios.—¿Lloverá?

—¡Qué, señora! ¡no vé su mercé que no se vislumbra una nube y que nos cobija el *cielo viejo*! (1) Vaya su mercé con Dios.

Ya habia anochecido cuando la señora llegó á la casa donde la condujo su guia; pagó á este lo prometido, le tomó la caja y el saco y llamó á la puerta.

Salió á abrirle una moza aseada y dis-

---

(1) Así califican los campesinos al cielo despejado.

puesta que quiso anunciar á sus amos la llegada de una visita; pero la forastera se lo impidió, rogándola únicamente que la indicase dónde los hallaria. La criada introdujo á la señora en una sala del piso bajo, el solo que tenia la casa, siendo el alto pajar y granero, en que dejó su estorboso equipaje, y en seguida se acercó á una puerta de cristales que estaba cerrada, pero por la que, al traves de sus visos de muselina, se esparcia la viva luz de un reverbero colocado sobre una mesa de nagüillas ó estufa, en una habitacion más reducida que la primera.

La señora desvió un poco el viso, y una sonrisa de satisfaccion se extendió sobre su bondadoso rostro al contemplar el hermoso cuadro que se la presentaba.

Sobre un sofá, frente á la puerta, estaba sentado un hombre jóven aún, á cuyo rostro daban una prematura, pero suave gravedad, y la perfecta calma de una buena conciencia, unida á la falta de ambicion (la más roedora de las pasiones) toda la hermosura de un templado y sereno dia de primavera, cuyo cielo alto y puro está sin nubes ni celajes.

Tenia este jóven sobre sus rodillas á un niño de ménos de cuatro años, que levantaba hácia el rostro de su padre su linda cabecita, y parecia hacerle esas preguntas, hijas de las primeras percepciones de la inteligencia, que á menudo desatienden aquellos á quienes son dirigidas en lugar de alentarlas y satisfacerlas.

Al lado del sofá, sentada en un cómodo y sencillo sillon de paja, estaba una mujer que parecia casi niña, gracias á la frescura de su alba y rosada tez, á la finura de sus facciones, y á la alegría y bondad de sus ojos azules como los de la inocencia.— Habia sentado sobre el borde de la mesa, á una niña de un año, parecida á ella, cuyos rubios ricitos, que no todos podia retener una primorosa gorrita, adornaban su nuca y sus sienes; difícil era prefijar al ver estos dos séres encantadores tan amorosa y exclusivamente ocupados uno de otro, aquel que con más ternura y apego amaba al otro.

—¿Cuánto me quieres, Manolita? decia la madre.

La niña, con un movimiento impetuoso, echa sus bracitos al cuello de su

madre y la cubrió de apasionados besos.

La puerta de cristales se abrió y á los atónitos ojos del matrimonio se presentó la forastera.

—¡Doña Pepita! exclamaron ambos consortes simultáneamente.

—La misma, contestó esta corriendo hácia la jóven y abrazándola, impidiéndole de esta suerte el ponerse de pié; quieta, quieta, que no quisiera descomponer el precioso cuadro que desde la sala contigua he estado admirando. ¡Qué hermosa y que gruesa está Vd., Blanquita! ¡Qué hermosos los niños, Dios los bendiga!

—¿Pero qué es esto? dijo Isidro, abrazando á su antigua y buena patrona, ¿cómo está Vd. por estas tierras y nos proporciona la grande satisfaccion de verla en nuestro modesto hogar?

—En el que no faltará á Vd. rica cecina, perdices, pollos, gallinas, conservas y ricas aceitunas aliñadas por mí.....

—Lo que no faltará á Vd., dijo interrumpiendo á su mujer Isidro, es cariñosa y buena acogida; en cuanto á lo que dice Blanca, es amor propio de hacendosa y entendida ama de casa; tiene aquí unas

amigas y maestras que han hecho de ella un portento.

—Lo cierto es, repuso Blanca riendo, que satisfago á mis comensales.

—Bien se conoce que no tiene Vd. casa de huespedes, dijo suspirando retrospectivamente doña Pepita.

—¿Pero cómo Vd. por este rincon? repitió Isidro.

—La llegada de un hermano mio á Cádiz, donde ha caido enfermo y desde donde me llama, me obligan á ir á aquel puerto; ahora bien, ¿cómo habia yo de pasar por delante del pueblo en que ustedes viven sin detenerme una hora para verlos, y conocer á estos ángeles?

—Saluda á esta señora que es una antigua amiga nuestra, dijo Isidro al niño, el que obediente, aunque con pocas ganas se acercó á la huéspeda.

—Ya nos haremos amigos, dijo besando la rosada megilla del niño doña Pepita, la que levantándose en seguida corrió á la sala inmediata de la que volvió con la gran caja redonda y la cartonera, abrióla y apareció con ojos amenazadores una serpiente enrollada, á la que los niños

miraron á distancia y recelosos;—pero al ver á doña Pepita destrozarla, y á sus padres, despues de dar gracias á la dadora, celebrar y comer aquel monstruo, se disipó su espanto, que al gustar aquel manjar se convirtió en agrado. El niño, familiarizado ya con la huéspeda, gracias á los buenos oficios de la azúcar y de la almendra, le preguntó si todas las culebras y demas sabandijas de Toledo sabian como aquellas.

—Hijo mio, le respondió Isidro, algun dia sabrás, cuántas cosas hay á las que la malignidad y hostilidad del mundo da la apariencia de culebras y que son suaves é inofensivas como este mazapan. La huéspeda abrió la cartonera y de ella sacó un sombrerito de niño, adornado con un lindo pajarito con su pico, sus ojitos y su vistosa cola, y enseñándoselo al niño, le dijo:

—Para tí, hijo mio.

—Este lanzó un grito de alegría y quiso echar mano al pajarito; pero su madre se lo impidió. El niño, desesperado por esa defensa arbitraria de su madre, que hollaba su derecho de propiedad que él soste-

nia gritando: ¡Es mio! ¡Es mio! se puso tan pesado é insistente, que su madre, incomodada, le dió un cocotazo; entónces los gritos, quejas y lloros del niño sonaron á toda orquesta. Doña Pepita, torpe consoladora de niños (como lo son muchas personas que por extirpar en ellos lágrimas saludables, les infunden ideas nocivas) tomó al niño sobre sus rodillas, diciéndole: ¡pobrecito mio! ¡si tú tenias razon! Lo que ha hecho Blanquita contigo es una crueldad, vamos: esa manilarga, no es tu madre.

—¿Que no es mi madre? preguntó el niño.

—No lo puede ser.

—¿Que no es mi madre? repitió el niño?

—No.

—Pues si no es mi madre, dijo el niño le digo *buta* (bruta).

Doña Pepita y la misma Blanca se echaron á reir á carcajadas; pero su padre reprimiendo su hilaridad dijo al niño:

—Vaya Vd. inmediatamente á la cama, desobediente, rabioso y malhablado, y pida á Dios perdon por su mal comportamiento.

—Doña Pepita al ver la cara contrita y afligida del niño, quiso intervenir; pero como es de suponer fué inútilmente.

El niño, con el corazon encogido, le dió las buenas noches, besó la mano á su padre y á su madre pidiendo su bendicion, como de costumbre tenia, y se encaminó á la puerta. Llegado que hubo al umbral, recordando la tan repetida palabra de las sesiones de Córtes que leia su padre á su madre, volvió la cara y dirigiéndose á su padre dijo en tono resignado: *al órden, al órden* (1) atravesó despues la sala llamando con voz plañidera: Chacha, Chacha, acuesta á este niño, que ha sido malo.

—Angelito, qué rigor, dijo entónces doña Pepita.

—Lo necesita, repuso Isidro, tiene mucho genio y es necesario doblegarlo desde temprano.

—Hablando de su entereza, añadió Blanca, dice la cocinera, madre de nuestra criada, con las graciosas ponderaciones andaluzas, que es capaz el niño de darle

(1) Ambos rasgos ciertos: estas cosas no se inventan.

tres patadas al sol y quedarse preparado para darle otra á la luna. ¡Pero si viera usted doña Pepita lo gracioso que es! ¡Las ocurrencias que tiene y las preguntas que hace! ¡cómo nos entretiene y encanta las primeras noches! ¡qué teatros ni qué bailes podrian proporcionarnos más grato solaz!

—Blanca, opinó Isidro, esto no lo comprenden los que no tienen hijos.

—Pues yo sí lo comprendo, repuso doña Pepita, y la felicidad de tener una criatura tan hermosa como Manolita que se ha dormido en las faldas de su madre como un pajarito en su nido; ¡y más si recuerda la vida tan aislada de corazon de Elenita!.... ¡pero quién hubiese jamas creido que don Amaro, que tan apasionado estaba ó aparentaba estar de Vd., Blanquita, se hubiese enamorado de Elena! ¡qué cambio tan repentino!

—En el que él ha ganado, repuso Blanca que añadió sonriendo á su marido, y yo no he perdido.

—Dice Vd. bien, que no ha perdido, repuso doña Pepita; pero no acierta si piensa que él ha ganado. ¡Si supiese Vd. qué mudada está Elena! ¡Cada vez que re-

cuerdo lo modesta y fina que era cuando habitaba su boardilla, no hablándome jamas sino para dirigirme frases laudatorias y afables, y ahora tan altiva, tan burlona! Cuando yo bajaba para acompañar un rato á la pobre doña Manuela que está siempre tan sola, me veia precisada á vestirme como si fuese á Palacio, y me ponia aquel vestido de seda tan bueno de color de castaña: si llegaba alguna vez á encontrarla en su casa, como yo digo que se ha vuelto tan despreciativa y burlona, la emprendia con mi vestido, al que llamaba por viejo y por su color el *general Castaños*. Un dia me incomodé y la afee ese tono burlon y desdeñoso, que por cierto no gastaba ántes; me contestó que ese era el tono de la sociedad fina moderna y aristocrática que trataba y que se conformaba á seguirlo por no parecer zalamera ni anticuada.

—Y decia bien, observó Isidro, pues ya no existia en su corazon la benevolencia y la modestia, ni aún la urbanidad que inspiran las demostraciones finas y bondadosas que ella graduaba de zalameras y anticuadas.

Digitized by Google

—¿Pero es feliz? preguntó Blanca.

—Está contenta, pero no es feliz; está contenta porque sobrepuja á sus amigas en lujo; está contenta porque se divierte, gasta y triunfa, y hace lo que quiere.

—¿Pero y su marido? preguntó Isidro.

—Está casi siempre en Francia ó en sitios de baños en que juega y pierde de una manera escandalosa. Cuando regresa, es para echar en cara á su mujer sus locos gastos, sus fabulosas cuentas de las modistas de Paris; ella á su vez le reconviene por su vida ociosa y disipada; hay amenazas de divorcio y de separacion de bienes. Esta amenaza por parte de Elena, aterra á Amaro que se mete en el primer asiento que halla en el camino de hierro, y se vuelve á Paris á..... á lo que generalmente se va á la capital más *civilizada* del mundo. Ella da gracias á Dios cuando él se ausenta, y sigue su mismo método de vida; ¡pero si viese Vd. qué mudada está! ¡qué delgada! ¡qué amarilla! ¡qué ajada! Ya se ve, esa vida tan agitada, tan desarreglada, esas trasnochadas.....

—¡Qué cosa tan justa y tan profunda ha dicho el *gran Obispo*, como es denomina-

Digitized by Google

do el que lo es de Orleans, opinó Isidro, al aseverar que tendria buena opinion de un pueblo cuyos habitantes se acostasen y levantasen temprano!

—Verdad es, añadió con su buen sentido llano y certero doña Pepita; á no ser velar á un enfermo; ¿qué cosa buena se hace de noche? ninguna. La pobre doña Manuela en su soledad y aislamiento pasa la más triste vejez; teme que su hija enferme, en lo que lleva razon.

—¿Pues acaso padece Elena? preguntó Blanca.

—Recien casada y á causa de una imprudencia tuvo un mal parto, en el que no se cuidó y no ha quedado buena. Ademas su madre preve, que si siguen de esta suerte los despilfarros de la mujer y el derrochar del marido se van á arruinar inevitablemente.

—¡Pobre Elena! dijo Blanca con tristeza; cuando uno es feliz, quisiera que lo fuesen igualmente todos.

—¡Qué cosas se ven en el mundo! prosiguió doña Pepita: Elena con su grande y tan codiciado caudal, fastidiada, achacosa en sus suntuosos salones, apartada de un

Digitized by Google

marido que sólo pensó al pretenderla en sus millones, y Vd. Blanquita tan acostumbrada á grandezas, tan feliz, tan afanada, tan hermosa, tan unida á su marido, tan contenta en un tan insignificante pueblecito, en el que tanto bien haceis y tan buenos ejemplos dais, por lo que todos (lo he oido) tan de corazon os aman, respetan y bendicen.

—Esto, dijo con voz sentida y grave Isidro, prueba una grande y patente verdad.

—¿Cuál? preguntaron ambas señoras.

—La de que suele ser la riqueza una corruptora, y la pobreza una buena maestra, contestó Isidro.

FIN.

551833

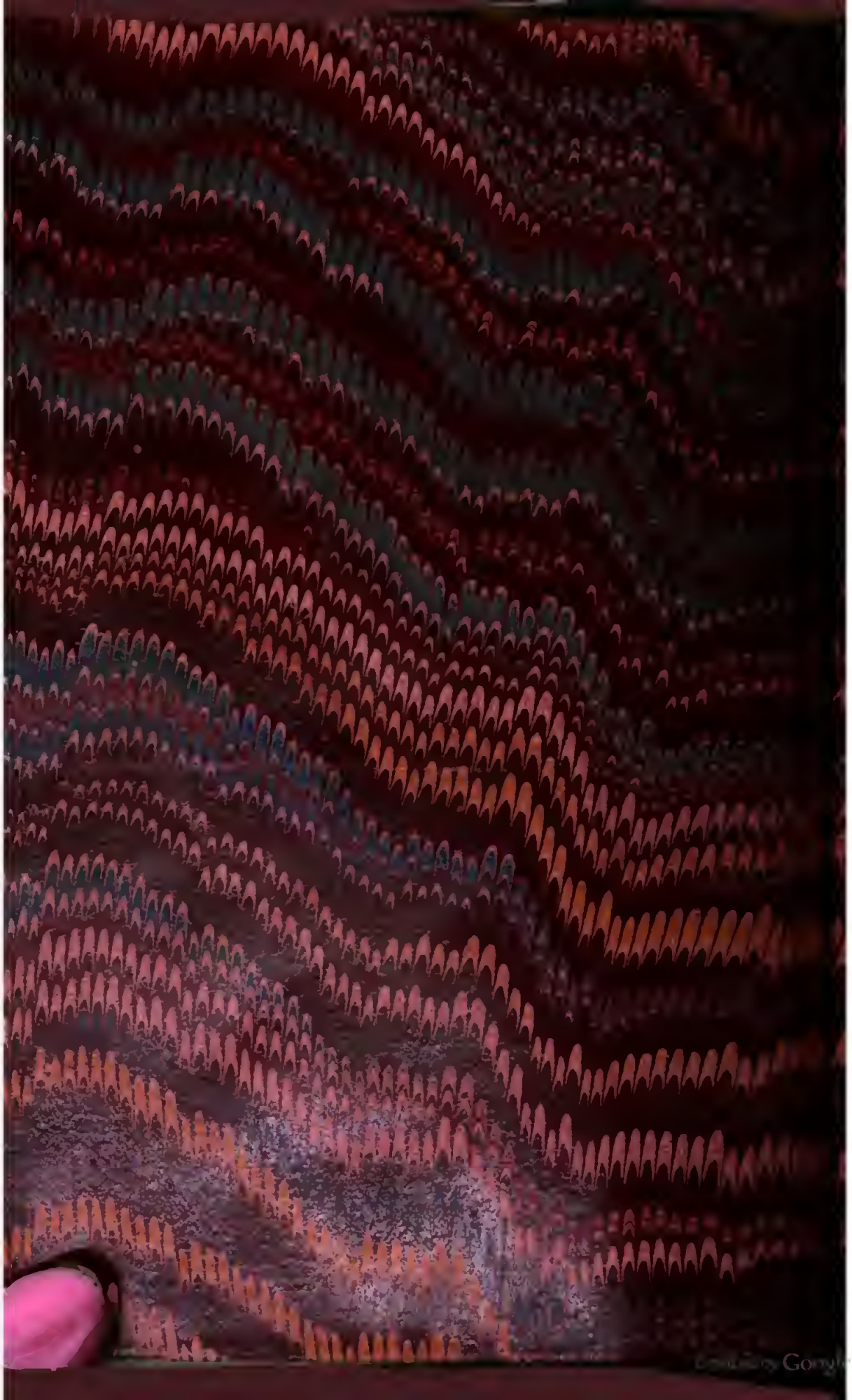
Digitized by Google

FÉ DE ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
41	26	nos envió	le dió
84	15	*Castaña*	*Castaños*

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google

Digitized by Google

BIBLIOTECA
F
A